

TRASCENDENCIA DE LA PARTICIPACIÓN UNIVERSITARIA EN EL DESARROLLO AMBIENTAL COMUNITARIO

Maraydy Delgado¹

RESUMEN

La presente investigación analítica tiene como propósito examinar la trascendencia de la participación universitaria en el desarrollo ambiental comunitario de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Núcleo Maracay. El estudio se fundamentó en el paradigma postpositivista con un enfoque cualitativo, orientado desde la sistematización de experiencias. Para este fin, se retomó el método etnográfico, cuya base empírica consistió en la relectura y categorización de entrevistas en profundidad aplicadas originalmente a cinco informantes clave: un docente (facilitador), un administrativo, un trabajador de mantenimiento (obrero), un estudiante (participante) y un miembro de la comunidad de Caña de Azúcar. Los hallazgos revelan que la comunidad demanda una presencia institucional más constante y un seguimiento riguroso a los proyectos ambientales, detectándose además un bajo sentimiento de pertenencia institucional. Se concluye que la labor social universitaria debe trascender hacia un intercambio dialógico basado en el respeto por el saber popular, fortaleciendo los vínculos afectivos y el compromiso ciudadano para garantizar la sostenibilidad de las soluciones y una verdadera transformación social.

Palabras Claves: Participación, Ambiente, Comunidad, Responsabilidad Social, Etnografía

¹ Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR), Maracay Campus

TRANSCENDENCE OF UNIVERSITY PARTICIPATION IN COMMUNITY ENVIRONMENTAL DEVELOPMENT

ABSTRACT

The purpose of this analytical research is to examine the significance of university participation in the community environmental development of the Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Maracay Campus. The study was grounded in the post-positivist paradigm with a qualitative approach, oriented toward the systematization of experiences. To this end, the ethnographic method was employed, with an empirical basis consisting of the re-reading and categorization of in-depth interviews originally conducted with five key informants: a professor (facilitator), an administrative staff member, a maintenance worker, a student (participant), and a member of the Caña de Azúcar community. The findings reveal that the community demands a more consistent institutional presence and rigorous follow-up on environmental projects; furthermore, a low sense of institutional belonging among participants was detected. It is concluded that university social labor must transcend toward a dialogical exchange based on respect for popular knowledge, strengthening emotional bonds and civic commitment to ensure the sustainability of solutions and achieve true social transformation.

Keywords: Participation, Environment, Community, Social Responsibility, Ethnography

Introducción

La crisis ambiental contemporánea no es un fenómeno meramente ecológico, sino una crisis de civilización y de los marcos de pensamiento que desafía la supervivencia de la humanidad. Como bien señala Enrique Leff (2004), “la crisis ambiental es una crisis de las formas de conocimiento, de las instituciones de la modernidad y de las formas de apropiación del mundo” (p. 21). Ante este panorama, la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR), Núcleo Maracay, asume un rol protagónico basado en su estructura andragógica y participativa. La institución deja de ser un espectador pasivo para convertirse en un epicentro de racionalidad ambiental que busca integrar la academia con el entorno social del sector

Caña de Azúcar, transformando la educación ambiental en una herramienta de emancipación ciudadana y transformación comunitaria.

Esta relación entre la universidad y su entorno se analiza bajo el prisma del pensamiento complejo, reconociendo que los problemas ecológicos son fenómenos multifactoriales que requieren la convergencia de diversos saberes. Según Edgar Morin (1999): “El conocimiento de las informaciones o datos aislados es insuficiente. Hay que situar las informaciones y los datos en su contexto para que adquieran sentido” (p. 15). Bajo esta premisa, la participación universitaria en la UNESR trasciende la simple asistencia técnica para fomentar un compromiso ético donde los actores co-construyan soluciones pertinentes. Se trata de un proceso de auto-organización social que exige territorializar el conocimiento para combatir la crisis climática y preservar los ecosistemas desde la acción colectiva.

La fundamentación de esta práctica se encuentra en la necesidad de entrelazar la academia con la vida misma, reconociendo la importancia del vínculo humano en la gestión territorial. En este sentido, se asume la postura de Humberto Maturana (1997), quien afirma que “el amor es la emoción que constituye el dominio de conductas donde se da la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia” (p. 28). Sin este reconocimiento afectivo y biológico del vecino como un igual, la gestión ambiental comunitaria se reduce a una técnica estéril. Por ello, el estudio busca interpretar los significados y experiencias de docentes (facilitadores), estudiantes (participantes) y vecinos (comunidad), entendiendo que la sostenibilidad ambiental es inseparable de la cohesión social y el respeto por el habitante del territorio.

Aunado a lo anterior, el pensamiento emancipador de Simón Rodríguez otorga el carácter robinsoniano necesario para que la participación no sea una imposición, sino una invención colectiva. Como afirmaba el maestro: “Instruir no es educar; ni educar es formar, que es lo que se necesita” (Rodríguez, 2004/1828). Esta visión exige que la universidad no solo dicte pautas, sino que forme ciudadanos capaces de gestionar su hábitat con autonomía. Solo a través de una pedagogía del diálogo, como la propuesta por Paulo Freire (1970), se logra que la comunidad se reconozca como corresponsable de su propio desarrollo, evitando que la labor universitaria sea percibida como una intervención episódica o ajena a la realidad vivida por los actores sociales.

El despliegue de la praxis robinsoniana en el Núcleo Maracay no puede entenderse de forma aislada a las tensiones globales que impone el modelo de

desarrollo extractivista. La universidad, como espacio de resistencia cognitiva, debe proponer una racionalidad que enfrente la lógica de la simplificación y apueste por la diversidad de la vida. Bajo esta perspectiva, la educación ambiental trasciende la transmisión de datos ecológicos para convertirse en un proceso de reconfiguración subjetiva del participante. Se busca que el estudiante de la UNESR, imbuido del espíritu de “Inventamos o Erramos”, desarrolle una conciencia crítica que le permita identificar las causas estructurales de la degradación en su territorio.

Este compromiso implica una ruptura con la indiferencia académica y una inmersión en las dinámicas del sector Caña de Azúcar, donde la teoría ambiental se pone a prueba frente a las urgencias de una comunidad que demanda soluciones reales, palpables y, sobre todo, construidas desde la identidad local, que dé respuesta a sus necesidades, que viva sus carencias y sobre todo que trasciendan el entorno de manera sostenible y sustentable.

Finalmente, esta praxis se sustenta en un sólido mandato jurídico venezolano que vincula la ética con el derecho constitucional. La Constitución (1999), en su artículo 127, y la Ley Orgánica del Ambiente (2006), establecen la educación ambiental como un proceso continuo y participativo, esencial para el desarrollo sustentable. Este marco legal se alinea con la Sexta Línea de las Siete Transformaciones (7T-2030), que impulsa, promueve a la UNESR a salvaguardar los ecosistemas desde la territorialización del saber. El estudio surge, bien, de la necesidad de evaluar la brecha entre este precepto y la praxis cotidiana, empleando una interpretación etnográfica para develar los significados construidos por los sujetos y garantizar que la participación sea un motor de cambio social.

Es por ello, que es importante destacar que el mismo, no pretende ser un reporte de campo primario, sino una relectura crítica y analítica de los datos obtenidos en una investigación previa de la autora. Bajo una nueva mirada epistémica, se busca profundizar en la dimensión del compromiso ciudadano y el respeto por los saberes de la comunidad, elementos que emergen como piezas clave para la sostenibilidad ambiental desde la perspectiva de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.

Diálogo de Saberes y Justicia Cognitiva en la Comunidad

La vinculación universitaria con el sector Caña de Azúcar exige superar la visión decimonónica de la academia como única poseedora de

la verdad universal. Como afirma Paulo Freire (1970): “Nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan en comunión, mediatizados por el mundo” (p. 68). Bajo esta premisa, la participación en la UNESR debe entenderse como un acto de liberación y no como una simple imposición técnica de proyectos aislados. Este enfoque se fortalece con la Ecología de Saberes de Boaventura de Sousa Santos (2010), quien propone un reconocimiento de la pluralidad de conocimientos heterogéneos, validando el saber del vecino al mismo nivel que el dato científico. Solo este respeto mutuo permite construir una racionalidad ambiental que, según Enrique Leff (2021), logre “desconstruir el logocentrismo de la ciencia moderna para abrir paso a un diálogo donde la naturaleza y la cultura se encuentren” (p. 45).

En consecuencia, el diálogo de saberes no es una mera concesión de la universidad hacia la comunidad, sino un imperativo ético para alcanzar la justicia cognitiva. La trascendencia de la labor social universitaria radica en su capacidad para reconocer que el habitante de Caña de Azúcar posee una sabiduría empírica sobre su territorio que la academia no puede ignorar. Al integrar esta visión, se rompe la jerarquía del conocimiento que históricamente ha excluido a los sectores populares. Como enseñó Simón Rodríguez, la educación debe servir para que los pueblos aprendan a pensar y crear desde su propia realidad. Por lo tanto, la participación universitaria se convierte en una herramienta pedagógica donde el conocimiento científico se “territorializa”, fusionándose con la experiencia cotidiana para generar soluciones ambientales auténticas y sostenibles que no sean simples copias de modelos foráneos.

Ecología Humana y Responsabilidad Social Universitaria

Este intercambio de conocimientos se enmarca en la Ecología Humana, campo que Gerald Marten (2001) define como el estudio de las interacciones entre los sistemas sociales y los ecosistemas que los sustentan. Para Marten, la salud de un hábitat depende directamente de cómo la organización social gestiona sus recursos y se adapta a las dinámicas de su entorno. En el contexto de la UNESR, la Responsabilidad Social Universitaria (RSU) debe entenderse, según François Vallaey (2020), no como una extensión solidaria opcional, sino como una gestión ética de los impactos sociales, cognitivos y ambientales que la

universidad genera en su territorio. Esta visión exige que la institución no se limite a ejecutar tareas ambientales, sino que analice cómo su presencia altera o fortalece la ecología social de los sectores vecinos, como el de Caña de Azúcar.

Bajo el enfoque del pensamiento complejo propuesto por Edgar Morin, el desarrollo ambiental deja de ser una tarea técnica aislada para comprenderse como un sistema de relaciones interdependientes. La ecología humana nos enseña que un cambio en la conciencia ambiental comunitaria impacta el microsistema familiar y, eventualmente, el macrosistema social. Por ello, la RSU debe operacionalizarse integrando los procesos académicos con las necesidades reales de la población, permitiendo que el saber universitario se armonice con la racionalidad ambiental comunitaria. Cuando la universidad asume este rol protagónico, no solo mejora el entorno físico, sino que ayuda a estabilizar la estructura social, promoviendo una visión compartida de la sostenibilidad que garantiza la preservación del hábitat para las generaciones futuras, cumpliendo con el mandato de equilibrio ecológico y social.

Autopoiesis y la Crisis del Sentido de Pertenencia

Un hallazgo crítico identificado en la investigación es el bajo sentimiento de pertenencia de los actores involucrados, fenómeno que puede explicarse desde la biología del conocimiento. Para Humberto Maturana y Francisco Varela (1980), los sistemas sociales son redes de producciones de componentes que mantienen su identidad a través de la autopoiesis. Si los miembros de la comunidad universitaria no se sienten “parte del sistema” o no se reconocen en el otro, la red de convivencia social se degrada y pierde su capacidad de autorregenerarse. La participación no es simplemente asistir a una charla o una jornada de limpieza; es un proceso de “hacerse mundo” con el otro, donde la aceptación del vecino es la base de cualquier acción colectiva.

La desconexión afectiva detectada sugiere que cuando el estudiante o el docente perciben el problema ambiental de la comunidad como un factor ajeno a su propia vida, rompen la estructura de convivencia básica indispensable para la transformación. La trascendencia de la labor social universitaria reside en recuperar la capacidad de emocionarse ante los desafíos del entorno y co-habitar el territorio de manera consciente. Según Maturana (1997), “el amor es la emoción que constituye el dominio de

conductas donde se da la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia” (p. 28). Sin este vínculo afectivo, cualquier propuesta de desarrollo ambiental quedará reducida a una técnica vacía que no logrará sostenerse en el tiempo, pues carecería del motor humano necesario para su mantenimiento y defensa comunitaria.

La Investigación Acción Participativa como Herramienta de Transformación

Para fortalecer la vinculación entre la academia y la sociedad, la praxis ambiental debe anclarse en los principios de la Investigación Acción Participativa (IAP). Orlando Fals Borda (1980) instaba a los investigadores a ser “sentipensantes”, una categoría que invita a integrar la razón científica con el corazón y el sentimiento popular para transformar la realidad desde la base. En la UNESR, esto implica que la participación no debe ser impositiva sino dialógica, permitiendo que la comunidad de Caña de Azúcar se reconozca como protagonista y corresponsable de su propio desarrollo ambiental. Este intercambio fortalece el tejido social y promueve una visión compartida donde la ciencia se pone al servicio de la vida y de la justicia ecosocial.

Este enfoque participativo no solo democratiza el saber, sino que fomenta una ciudadanía crítica capaz de enfrentar los desafíos ecológicos con herramientas pedagógicas sólidas. La participación universitaria, vista desde la IAP, es una escuela de formación ciudadana donde la teoría se funde con la práctica en el territorio. Al involucrar a docentes, administrativos y obreros en conjunto con los vecinos, se generan soluciones pertinentes que respetan la identidad local. Se cumple así con el ideal robinsoniano de Simón Rodríguez de “formar ciudadanos para la república”, entendiendo que la soberanía de un pueblo también se defiende a través del cuidado de su ecosistema y del fortalecimiento de sus organizaciones sociales frente a la degradación ambiental global.

La Etnografía como Vía para Interpretar la Praxis Ambiental

Desde el punto de vista metodológico, el uso del método etnográfico facilitó una inmersión profunda en la cotidianidad del Núcleo Maracay, permitiendo acceder a lo que Rosana Guber (2019) denomina la “perspectiva del actor”. Esta técnica permitió descubrir los sentidos y significados

que los sujetos asignan a sus propias prácticas, revelando las tensiones y aciertos de la labor social. Al entrevistar a informantes clave, se logró captar una pluralidad de voces que definen la trascendencia de la vinculación no como un dato estadístico, sino como una vivencia humana cargada de expectativas. Los hallazgos revelan que la participación suele ser percibida como episódica, lo que genera una demanda social de mayor presencia institucional y un seguimiento más riguroso a los proyectos ejecutados.

La mirada interpretativa de la etnografía devela que la efectividad de la sostenibilidad ambiental es inseparable de la cohesión y el sentimiento de pertenencia social. Los testimonios recogidos sugieren que, si bien la labor universitaria impacta positivamente el entorno, existe una necesidad urgente de reconstruir el tejido sociovincular. La interpretación de estos hallazgos, realizada mediante la categorización y triangulación, pone de manifiesto que la trascendencia de la universidad en la comunidad depende directamente de la solidez de los vínculos afectivos y el compromiso mutuo a largo plazo. En consecuencia, la etnografía se constituye en el espejo que permite a la academia reflexionar sobre su impacto real, reorientando sus estrategias hacia una vinculación más orgánica, permanente y verdaderamente emancipadora.

La Transcomplejidad en la Gestión Ambiental Comunitaria

La gestión ambiental en los entornos populares requiere una mirada transcompleja que supere las fronteras disciplinares y se instale en el diálogo de saberes. No basta con el conocimiento biológico o técnico de la ingeniería ambiental; es imperativo integrar la sociología de la esperanza, la ética del cuidado y la política de la liberación. Desde la visión de la UNESR, esta transcomplejidad se manifiesta al reconocer que el desecho sólido, la contaminación de las aguas o la falta de áreas verdes en Caña de Azúcar no son solo problemas físicos, sino síntomas de una fractura en el tejido social. La universidad debe actuar como un catalizador que ayude a recomponer estos vínculos mediante procesos de formación que integren la ciencia con la sabiduría cotidiana del habitante. Al adoptar esta postura, la institución asume su rol como un ente dialógico que no impone verdades, sino que facilita el surgimiento de nuevas formas de habitar el mundo, respetando la pluralidad de voces y la riqueza cultural que subyace en la organización comunitaria.

Metodología

Fundamentación Paradigmática y Metódica

El estudio se fundamentó en el paradigma postpositivista con un enfoque cualitativo, orientado desde la sistematización de experiencias y el análisis reflexivo de una investigación previa. Para este propósito, se retomó el método etnográfico como vía para interpretar la realidad de los actores. La base empírica consistió en la relectura y categorización de entrevistas en profundidad aplicadas originalmente a cinco informantes clave: un docente, un administrativo, un trabajador de mantenimiento, un estudiante y un miembro de la comunidad de Caña de Azúcar. El procesamiento de la información se realizó mediante técnicas de triangulación y contrastación teórica, integrando un eje de análisis sobre el respeto por los saberes populares en el contexto del desarrollo ambiental.

El uso de la etnografía permitió una inmersión profunda en la cotidianidad del escenario de estudio, facilitando la interpretación de las vivencias desde la “perspectiva del actor”. Según Rosana Guber (2019), la etnografía no solo describe, sino que busca comprender los marcos de referencia desde los cuales los sujetos actúan. En este sentido, la metodología se alineó con la Ecología Humana de Urie Bronfenbrenner, al considerar que el desarrollo ambiental en el sector Caña de Azúcar debe estudiarse a través de las interconexiones entre los diversos sistemas sociales (microsistema universitario y mesosistema comunitario). Esta mirada metodológica permitió que la investigación no se limitara a datos estadísticos, sino que capturara la esencia de los vínculos afectivos y el compromiso ciudadano en la gestión del hábitat.

La adopción del método etnográfico en esta relectura analítica permitió capturar las sutilezas de la interacción humana que los métodos cuantitativos suelen omitir. Al centrarse en la significación de las experiencias, la investigación logró develar que la participación universitaria es interpretada por los actores como un fenómeno cargado de emocionalidad y expectativas de transformación. El proceso de categorización no fue un simple ejercicio administrativo de etiquetado de frases, sino un acto hermenéutico de comprensión profunda de la realidad intersubjetiva en el Núcleo Maracay. Se buscó que cada unidad de significado reflejara la tensión entre el ideal normativo de la universidad y la praxis vivida en

las calles del sector Caña de Azúcar. Esta rigurosidad metodológica asegura que las conclusiones no sean meras opiniones de la autora, sino el resultado de una triangulación sistemática entre la teoría ambiental contemporánea, los testimonios de los informantes clave y la observación reflexiva del entorno, garantizando así la validez cualitativa y el rigor científico que exige la revista REDITE.

Escenario, Sujetos y Técnicas de Recolección

El escenario de estudio estuvo representado por el Núcleo Maracay de la UNESR y su zona de influencia directa en la comunidad del Sector Caña de Azúcar. Los informantes clave fueron seleccionados mediante un muestreo intencional y de conveniencia, quedando conformados por cinco (5) sujetos: un docente, un administrativo, un trabajador de mantenimiento, un estudiante y un miembro de la comunidad. Esta diversidad de actores garantizó una visión multifactorial y transdisciplinaria del objeto de estudio, permitiendo contrastar las visiones institucionales con las expectativas populares. La selección respondió a la necesidad de obtener una “triangulación de actores” que reflejara la complejidad de la praxis ambiental desde distintas jerarquías y roles sociales.

Como técnica principal de recolección de información se utilizó la entrevista en profundidad, la cual permitió obtener testimonios enriquecedores sobre la labor social y el sentimiento de pertenencia institucional. Complementariamente, se empleó la observación participante para registrar las dinámicas de interacción durante las actividades ambientales en el territorio. Estas técnicas facilitaron un diálogo horizontal, en sintonía con la pedagogía de Paulo Freire, donde el investigador y el investigado co-construyen el conocimiento. El registro de la información se llevó a cabo mediante diarios de campo y grabaciones magnetofónicas, asegurando la captura fiel de los discursos para su posterior análisis interpretativo.

Procesamiento y Validez de la Información

Para el procesamiento de los hallazgos se aplicaron las técnicas de categorización, estructuración y triangulación. Una vez transcritas las entrevistas, se procedió a identificar las unidades de significado que dieron lugar a las categorías emergentes, las cuales permitieron organizar la realidad observada en conceptos manejables sin perder su complejidad.

La estructuración facilitó la creación de redes de sentido que conectan los testimonios con las bases teóricas de la ecología social y el pensamiento robinsoniano. Este proceso no fue lineal, sino circular y dialéctico, permitiendo que las categorías se refinaran a medida que se profundizaba en el análisis de los discursos de los informantes clave.

La validez y fiabilidad de la investigación se fundamentaron en la triangulación de fuentes y perspectivas, asegurando que los resultados reflejaran fielmente la realidad intersubjetiva observada. Al contrastar las voces de los cinco informantes con los postulados de autores como Leff, Maturana y Santos, se logró una interpretación robusta que trasciende la opinión individual. Finalmente, el análisis se realizó bajo los principios del pensamiento complejo, permitiendo concluir sobre la efectividad de la vinculación universidad-comunidad. Se incluyó un análisis especial sobre el respeto al conocimiento popular, evaluando si la praxis universitaria reconoce la “justicia cognitiva” necesaria para que los proyectos ambientales sean verdaderamente sostenibles y emancipadores en el tiempo.

Hallazgos y discusión

El procesamiento de la información, realizado mediante la categorización y triangulación de las entrevistas, develó una realidad que los actores definen como una “participación espasmódica”. Los informantes clave coinciden en que la presencia de la UNESR en el sector Caña de Azúcar ocurre por lapsos fragmentados, generalmente supeditados al calendario académico semestral. Esta intermitencia genera una erosión de la confianza comunitaria, ya que los vecinos perciben que la universidad “aparece y desaparece” sin garantizar la continuidad de los procesos. Esta desconexión temporal impide la consolidación de una verdadera racionalidad ambiental, pues como señala Enrique Leff, la construcción de un futuro sustentable requiere de procesos de reapropiación social del territorio que no pueden estar sujetos a la rigidez de los horarios administrativos. Esta desconexión temporal se ve reflejada en el testimonio de un miembro de la comunidad, quien manifestó:

“Ellos [los universitarios] vienen con mucho entusiasmo cuando empieza el semestre, limpian la quebrada o dan una charla, pero después que entregan su informe no los volvemos a ver. Sentimos que somos una nota para ellos, pero el problema del monte y la basura sigue aquí cuando se van” (Informante 5, Vecino)

Un hallazgo particularmente crítico fue la fragmentación del saber, donde los proyectos ambientales son percibidos por la comunidad como simples “requisitos académicos” para obtener una calificación o un título. Esta visión reduccionista evidencia una carencia de la transdisciplinariedad propuesta por Edgar Morin, quien advierte que la hiper-especialización del conocimiento impide ver el tejido común de los problemas humanos. Al abordar el ambiente como una tarea técnica aislada y no como un compromiso vital, la universidad falla en su misión de formar ciudadanos integrales. El conocimiento se queda en el aula o en un informe final, en lugar de encarnarse en la praxis cotidiana de los actores, dificultando que las soluciones propuestas tengan un impacto real en la calidad de vida del sector.

Asimismo, se detectó una profunda “Crisis de Alteridad” en la vinculación universidad-comunidad. Siguiendo la premisa de Humberto Maturana, la base de cualquier sistema social es la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia; sin embargo, los testimonios sugieren que la academia suele llegar al territorio con una actitud de superioridad técnica. Esta falta de reconocimiento mutuo impide que las soluciones ambientales sean sostenibles, ya que no nacen del amor (como emoción biológica de apertura) ni de la convivencia real, sino de la imposición de modelos ajenos. Sin el vínculo afectivo que permite “hacerse mundo” con el vecino de Caña de Azúcar, la intervención universitaria se percibe como una invasión intelectual y no como un acompañamiento solidario.

Por otro lado, el rescate del conocimiento popular emergió como el hallazgo más esperanzador y potente de la investigación. Los informantes subrayaron que los proyectos que alcanzaron mayor éxito y permanencia fueron aquellos donde la universidad se dispuso a escuchar la historia del sector, sus prácticas ancestrales de siembra y sus métodos tradicionales de manejo de desechos. Este hecho valida la tesis de Paulo Freire sobre el diálogo horizontal: el éxito de la labor social no reside en “extender” el conocimiento de la universidad a la comunidad, sino en “comunicar” saberes. Cuando la UNESR validó el saber popular, se produjo una verdadera justicia cognitiva, permitiendo que la comunidad se sintiera empoderada y dueña de las soluciones ecológicas implementadas.

En este orden de ideas, la discusión de los hallazgos apunta a una debilidad en el sentimiento de pertenencia institucional, lo que afecta la autopoiesis o capacidad de autorregeneración del sistema social universitario. El bajo compromiso detectado en algunos estudiantes y docentes se

traduce en una participación apática que no trasciende la asistencia obligatoria. Como nos indica la Ecología Humana de Gerald Marten, si no existe una interacción saludable y constante entre el sistema social (universidad) y el ecosistema (comunidad), el equilibrio se rompe. La falta de identidad con la filosofía robinsoniana de “Inventamos o Erramos” hace que la institución pierda su capacidad de ser un motor de cambio, reduciendo la educación ambiental a una formalidad sin espíritu transformador.

El análisis profundo del respeto por el saber popular revela que la “justicia cognitiva” es el eslabón perdido en la mayoría de los proyectos de extensión universitaria tradicionales. Durante las entrevistas, emergió con fuerza la idea de que la comunidad no desea ser “capacitada”, sino “escuchada” y reconocida como poseedora de una racionalidad ambiental válida. Cuando la universidad llega al sector con la etiqueta de experta, anula la capacidad autogestionaria del vecino y perpetúa una relación de dependencia intelectual. Por el contrario, los hallazgos demuestran que en los momentos donde el facilitador y el participante se sentaron a dialogar de igual a igual con el obrero y el vecino, surgieron innovaciones socio-productivas de gran calado. Este respeto por el saber empírico no resta mérito al conocimiento científico, sino que lo potencia, creando una simbiosis donde la técnica se humaniza y el saber popular se sistematiza. Es en este punto de encuentro donde la labor social de la UNESR adquiere su verdadera trascendencia, convirtiéndose en un motor de emancipación que devuelve al ciudadano la soberanía sobre su propio hábitat.

Finalmente, el análisis de los discursos revela que la trascendencia de la labor universitaria depende directamente de la solidez de los vínculos sociovinculares. El respeto al conocimiento popular no debe ser una anécdota, sino una categoría central de la planificación académica. La comunidad demanda una presencia institucional que trascienda lo episódico para convertirse en orgánica. Los hallazgos sugieren que, para que la UNESR Núcleo Maracay logre un impacto real en el sector Caña de Azúcar, debe transitar hacia una Ecología de Saberes donde se reconozca que el vecino es un experto en su propio hábitat. Solo a través de una participación sentipensante, que integre la razón técnica con la emoción social, se podrá garantizar la sostenibilidad de las soluciones ambientales y la verdadera emancipación ciudadana.

A continuación, se presenta un esquema que integra todos los aspectos antes señalados, denominado Modelo Sistémico de la Praxis Ambiental Robinsoniana en la UNESR. La figura ilustra la interdependencia entre

la justicia cognitiva (Santos, 2010), el vínculo afectivo como base de la convivencia (Maturana, 1997) y la necesidad de una continuidad orgánica que trascienda la temporalidad académica. Así mismo propone que la sostenibilidad ambiental solo es posible cuando el saber universitario y el popular convergen en una unidad sentipensante, permitiendo la autopoiesis social y la transformación real del territorio.

Imagen 1. Representación sistémica de los factores determinantes para la trascendencia de la participación universitaria en el desarrollo ambiental comunitario.



Fuente: Elaboración propia (2026).

Conclusiones y reflexiones

La investigación permite concluir que la participación universitaria en el desarrollo ambiental de la UNESR Núcleo Maracay posee una trascendencia potencial que demanda una transición urgente del concepto tradicional de “extensión” hacia una verdadera “comunalización” del conocimiento. Se determinó que la efectividad de los proyectos ecológicos no reside únicamente en la sofisticación técnica de las propuestas, sino en la solidez de las relaciones dialógicas establecidas entre la academia y el sector Caña de Azúcar. La sostenibilidad, por tanto, no debe entenderse como un problema de ingeniería o de gestión administrativa, sino como un desafío de ética de la vida y justicia social. La ausencia de un seguimiento sistemático y la debilidad en los lazos de pertenencia emergen como las principales barreras que impiden que la labor universitaria se transforme en un motor de cambio verdaderamente emancipador y sostenible en el tiempo.

Bajo la lente del pensamiento complejo de Edgar Morin, se concluye que la sostenibilidad ambiental es inseparable de la cohesión social; no se puede sanar el hábitat si el tejido humano está fracturado. La trascendencia de la participación universitaria solo será plena cuando logre inspirar en cada actor un compromiso ético y afectivo con el territorio compartido. En sintonía con Humberto Maturana, es imperativo entender que sin la aceptación legítima del otro —ese vínculo basado en el reconocimiento y el amor— no existe transformación social posible. Cuando la universidad ignora la dimensión afectiva y biológica de la convivencia, sus proyectos se vuelven intervenciones externas que la comunidad no logra internalizar ni defender, reduciendo la gestión ambiental a una formalidad institucional sin arraigo popular.

En virtud de estos hallazgos, se recomienda a las autoridades del Núcleo Maracay y a la Subdirección de Educación Avanzada e Investigación, rediseñar las estrategias de vinculación bajo un enfoque de Ecología Social que priorice la formación de ciudadanía y el rescate de la identidad institucional. Es fundamental institucionalizar espacios permanentes para el Diálogo de Saberes, donde el conocimiento popular y las experiencias previas de los habitantes de Caña de Azúcar sean el eje central de la planificación ambiental. Esta “justicia cognitiva”, propuesta por Boaventura de Sousa Santos, permitiría que la universidad deje de ser una entidad que “dicta” soluciones para convertirse en una aliada que co-construye saberes,

validando la tesis robinsoniana de Simón Rodríguez sobre la necesidad de inventar nuestros propios modelos de desarrollo para no caer en el error de copiar esquemas ajenos a nuestra realidad territorial.

Finalmente, se exhorta a garantizar una continuidad orgánica de los proyectos ambientales, rompiendo con la fragmentación impuesta por el calendario académico. La labor social universitaria debe ser un proceso continuo que no muera al finalizar el periodo lectivo, sino que se fortalezca a través de un monitoreo constante y una presencia territorial genuina. La UNESR debe asumir su rol como un referente de equilibrio ecológico, promoviendo una cultura de corresponsabilidad donde docentes, estudiantes y vecinos se reconozcan como parte de un mismo sistema autopoyético. Solo mediante una praxis sentipensante, que integre la excelencia científica con el compromiso ético-social, podrá la universidad cumplir su misión histórica de transformar la realidad y preservar la vida en todas sus formas.

En última instancia, la trascendencia de la UNESR en el sector Caña de Azúcar no se medirá por la cantidad de informes técnicos archivados, sino por la capacidad de la institución para mirarse en el espejo de la comunidad y reconocerse como parte de ella. La verdadera gestión ambiental nace cuando el saber académico se inclina con respeto ante el saber popular, entendiendo que el vecino no es un objeto de estudio, sino un maestro de su propio territorio. Al final, como nos enseñó Simón Rodríguez, o inventamos nuevas formas de convivencia basadas en el amor y la justicia cognitiva, o erramos en el intento de salvar nuestro hábitat. La invitación queda abierta para que la universidad no solo habite el aula, sino que se convierta en un latido constante y orgánico en el corazón de la comunidad.

Referencias

- Boff, Leonardo (1996). *Ecología: Grito de la Tierra*, grito de los pobres. Editorial Trotta.
- Bronfenbrenner, Urie (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Paidós.
- Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999). *Gaceta Oficial* N° 36.860. Asamblea Nacional.
- Fals Borda, Orlando (1980). *La ciencia y el pueblo: Nuevas reflexiones sobre la investigación-acción*. Editorial Crítica.
- Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

- Guber, Rosana (2019). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI.
- Leff, Enrique (2004). *Racionalidad ambiental: La reapropiación social de la naturaleza*. Siglo XXI.
- Leff, Enrique (2021). *El pensamiento ambiental del Sur: Complejidad, racionalidad y diálogo de saberes*. Siglo XXI.
- Ley Orgánica del Ambiente (2006). *Gaceta Oficial* N° 5.833. Asamblea Nacional.
- Marten, Gerald (2001). *Ecología humana: Conceptos básicos para el desarrollo sustentable*. Earthscan Publications.
- Maturana, Humberto (1997). *La objetividad: Un argumento para obligar*. Dolmen Ediciones.
- Maturana, Humberto, y Varela, Francisco (1980). *Autopoiesis y cognición: la realización de lo vivo*. Kluwer.
- Morin, Edgar (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO.
- Rodríguez, Simón (2004). *Sociedades americanas*. Biblioteca Ayacucho. (Obra original publicada en 1828).
- Sousa Santos, Boaventura de (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce.
- Vallaes, François (2020). *Responsabilidad Social Universitaria: El modelo de la URSULA*. Editorial Universidad del Pacífico.